

tro presente, pensamos que bien merece la pena asumir la responsabilidad de dar a conocer la obra de Benn entre nosotros. Por lo demás, alguno de sus versos y de sus sentencias, como alguna de las frases de Flaubert, consiguen que sigamos sintiéndonos muy vivos, como cuando contemplamos las columnas del Partenón, o las pocas que todavía configuran el templo de Poseidón, cualquier atardecer en el Ática.

Joan B. Llinares, es profesor de Antropología filosófica y Filosofía de la cultura en la Universitat de València.

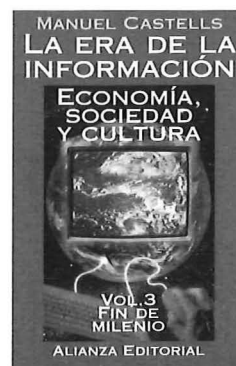
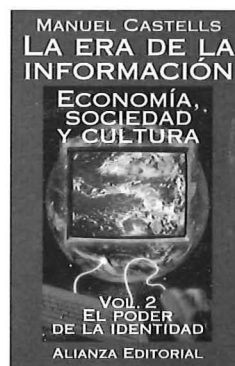
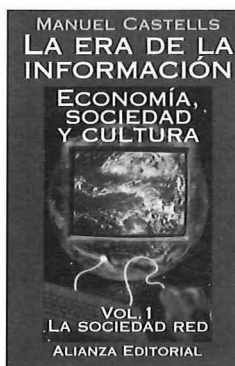
¿En los albores de una nueva era?

Josep L. Blasco Estellés

No se puede comprender la evolución económica, social, política, cultural, religiosa..., la evolución del hombre y la sociedad, en definitiva, que se gesta en la Europa moderna, sin medir las consecuencias que los descubrimientos del *nuevo mundo* tuvieron en el viejo continente. ¿El *nuevo mundo* trajo una *nueva era* al viejo? El uso del término *era* es ambiguo y en última instancia convencional, la modernidad no se ha caracterizado como *era*, sino como *edad*, algo más modesto y menos rupturista; pero Castells no duda en usarlo para designar la nueva sociedad que emerge de los nuevos descubrimientos, en este caso no geográficos, sino tecnológicos. Una nueva era supone algún o algunos acontecimientos de importancia suficiente

como para iniciar, por ejemplo, una nueva medida del tiempo y de la historia. ¿Se trata de una propuesta heurística o de una mera expresión literaria con propósito meramente metafórico?

La lectura del libro, de los tres voluminosos volúmenes, de M. Castells no deja lugar a dudas respecto a su posición ante la cuestión planteada: en la «Presentación de la edición castellana» de 1997, dice muy taxativamente que el libro parte de la «afirmación de que, en los albores de la era de la información, nos encontramos en un nuevo principio de una nueva historia, que también, como en otras épocas, será hecha por los hombres y mujeres a partir de sus proyectos, intereses, sueños y pesadillas, pero en condiciones radicalmente distintas cuyo perfil y significado intento investigar en estas páginas». No se trata sólo de un punto de partida, sino que en el transcurso de sus análisis su propósito más impactante es el logrado intento de mostrar un *mundo nuevo*, una nueva sociedad no sólo respecto de la modernidad, sino muy específicamente respecto



Manuel Castells

La era de la información: economía, sociedad y cultura.

Vol. 1: La sociedad red; Vol. 2: El poder de la identidad; Vol. 3: Fin de milenio
590 pp.; 495 pp.; 446 pp. Alianza Editorial, Madrid, 1997-1998

de la más reciente etapa de la modernidad, la sociedad industrial. Y ello mediante un análisis en profundidad del nuevo sistema económico, de la nueva sociedad «informacional» (que cuida bien de distinguir de la «sociedad de la información», en la medida en que aquélla se refiere a una «forma específica de organización social», mientras que «sociedad de la información» es casi una expresión analítica ya que la «información» es un

① Cfr. especialmente la nota al pie de la p. 51 del vol. 1, que citaré siempre por su reciente segunda edición.

② Así se desprende de su nota 1 en la p. 387-388 del vol. 3 en la que acaba protestando de que si es cierto que no hay nada nuevo bajo el sol «por qué molestarnos en tratar de investigar, pensar, escribir y leer sobre ello?» Es evidente la hipótesis radical de partida, pero probada a lo largo de la obra, de la emergencia de un mundo nuevo o una nueva era, que viene a ser lo mismo.

atributo de toda sociedad),^① de la nueva sociedad cultural, de la nueva estructura política del mundo y un largo etcétera de *nuevas x*.

Probablemente la tesis de la *novedad* radical le ha sido discutida con cierta insistencia,^② pero Castells piensa que «hay un nuevo mundo surgiendo en este fin de milenio», y hay multitud de factores que lo determinan y muestran: los chips y los ordenadores, las telecomunicaciones, la ingeniería genética, la interconexión de los mercados financieros, la función del conocimiento y la información en la economía avanzada, y un largo etcétera que sigue enumerando, tan importante o más que estos pocos que he reseñado por no hacer más larga la lista; y concluye: «éste es nuestro mundo, el mundo de la era de la información».

Es de todo punto imposible atender en un comentario ni a todas ni a la mayoría de las *nuevas x*, y no principalmente por las lógicas imposiciones de espacio, sino por una imposibilidad que radica en la cosa misma. Auguro, y este augurio no constituye ninguna novedad sino una más de las múltiples valoraciones de voces mucho más autorizadas que la mía, que la obra de Castells seguirá dando mucho que hablar durante mucho tiempo. La gran cantidad de factores determinantes de la nueva era que se analizan, explican y someten a hipótesis científicas obliga a elegir un pequeño subconjunto de problemas a considerar desde la perspectiva de un filósofo que como tal es lego en todo tipo de ciencias. Y a ese pequeño elenco voy a dedicar las páginas que siguen.

Reflexiones metodológicas

La primera cuestión que merece atención es relativa al método. Aunque no hay en el texto un tratamiento sistemático ni del problema general del método en las ciencias sociales, ni de los presupuestos metodológicos de la investigación, las alusiones y las tomas de posición son constantes. La pretensión de Castells es la construcción de un estudio *científico* de la economía, la sociedad y la cultura emergentes (y en muchos aspectos ya emergidas) en la era de la información. Y por estudio científico debe entenderse *la elaboración de un sistema conceptual* desde el cual formular hipótesis, analizar estructuras, pre-

decir las líneas de evolución y comportamiento de la realidad objeto de estudio, etc. Consciente de que buena parte de la literatura sobre las *nuevas x* es optimista o pesimista, según la posición del autor, y también en buena medida está marcada por los imperativos de la futurología, más que por las hipótesis predictivas (en el sentido de la expresión fijado en la metodología científica), Castells confiesa repetidamente su pretensión de neutralidad y su convicción de que las posiciones valorativas, así como las propuestas de acción e intervención en la marcha de los acontecimientos son patrimonio del ciudadano (el científico incluido), pero deben quedar excluidas de la actividad científica propiamente dicha. Esta actitud queda muy clara desde el principio de la obra: «en este libro trato de plantear preguntas, no afirmar respuestas. Y trato de hacerlo a partir de datos, de observaciones, de análisis concretos de situaciones concretas que van más allá de la descripción pero que no pretenden encontrar fórmulas de acción. Las preguntas son lo propio del intelectual. Las respuestas, en la sociedad y en la política, son responsabilidad y privilegio de los ciudadanos, incluidos los intelectuales en su vida civil» (vol. 1, pp. 28-29).

Aclarar esta postura del autor es pertinente al menos para no confundir la literatura política con la científica: muchos de los ensayos que proliferan en estos últimos años, y la cosa no ha hecho más que empezar, cargan las tintas en admoniciones catastrofistas, llamadas a la conciencia y a la acción para modificar el curso de los acontecimientos, demanda de responsabilidades a los poderosos, al mundo de las finanzas, a las organizaciones económicas mundiales, etc., para evitar el desastre. Nada más lejos del marco conceptual en el que se mueven los volúmenes de *La era de la información*. Hace pocos meses leía en un prestigioso medio de comunicación un comentario a un estudio sobre la globalización que comenzaba reconociendo que puesto que es un hecho al parecer inevitable caben dos posturas: o hacer lo posible para que no se consume, o «aprovechar sus leyes para programar nuestra actividad». Obviamente y con carácter previo a estas dos (y muy especialmente a la segunda), cabe una tercera postura: estudiar, for-

③ Los debates y comentarios que ha suscitado la obra que comentamos son demasiado cuantiosos para poder siquiera tenerlos en cuenta; me limito a citar los publicados en el nº 86 de Reis (Revista Española de Investigaciones Sociológicas), del CIS, de abril-junio de 1999, con contribuciones de Rodríguez Ibáñez, José Félix Tezanos y Ramos Torre, seguidas de una respuesta de M.Castells. En el apartado de «Agradecimientos (2000)» que figura al comienzo de la segunda edición del vol. I Castells reconoce su deuda con una larga y significativa, y al parecer no exhaustiva, nómina de ilustres autores de comentarios sobre su obra.

④ Aunque este esquema de interpretación de la historia pueda resultar atractivo, Julián Marrades me ha hecho notar que se trata de un esquema excesivamente simple, que reproduce viejas concepciones teleológicas de la historia que son, como mínimo, muy discutibles. En ningún caso, sin embargo, puede atribuirse a este esquema ningún sentido escatológico ya que esa tercera etapa no implica ninguna «sociedad feliz», ni supone «el fin de la historia».

⑤ El autor formula de pasada una proposición sorprendente: «éste es el significado del movimiento ecologista, reconstruir la naturaleza como una forma cultural ideal», lo que avala mi interpretación de al menos el debilitamiento de barreras entre naturaleza y cultura. Véase vol. I, pp. 557-558.

⑥ No quisiera que se malentendiera esta afirmación, con ella no estoy sosteniendo ninguna tesis específica sobre la naturaleza de la normatividad epistémica, y menos cualquier conocida tesis culturalista en el sentido de relativista, historicista, sociologista, etc., frente a las posturas que defiendan su carácter lógico (formal o transcendental), simplemente me refiero a la posibilidad de romper la barrera entre los procesos epistemológicos físicos o biológicos, y las normas epistemológicas que se constituyen en el ámbito del *noûs* o intelecto.

⑦ Noam Chomsky y Heinz Dieterich: *La aldea global*, Nafarroa, Txalaparta, 1998, p. 64.

mular e interpretar dichas leyes. Este es *locus* epistémico de la obra de Castells.

No merece la pena, a mi modesto juicio, enzarzarnos en el problema de la neutralidad en las ciencias sociales, ni en si es posible la ausencia de juicios de valor; su pretensión es «proponer algunos elementos de una teoría transcultural y exploratoria sobre la economía y la sociedad en la era de la información, que hace referencia específica al surgimiento de una nueva estructura social» (id. p. 56); esta pretensión la reconocen y aplauden buena parte de los comentarios publicados.③ Lo que sí quiero sugerir es que de la lectura de la obra he sacado la impresión, aunque el tema no se discute, que no hay tanta lejanía entre el mundo epistemológico de las ciencias duras, de las ciencias naturales y el de las ciencias sociales; la obra que comentamos tiene toda la apariencia de «ciencia dura». El discurso epistémico sobre este problema, tanto si se trataba de planteamientos marxistas o neomarxistas, como liberales, o de cualquier otra adscripción, estaba salpicado de problemas relativos a valores, a los fines de los agentes sociales, a la implicación del investigador en los fenómenos investigados con la consiguiente ausencia de objetividad y neutralidad, etc.; en el discurso del autor estos temas, si aparecen, es exclusivamente con espíritu de prevención, valga a modo de ejemplo: «es esencial no incluir un juicio de valor en esta observación», dice a propósito de una referencia a la creciente distancia entre instituciones sociales y prácticas reproductivas. ¿Es posible que la propia naturaleza de la sociedad red, en la que el medio físico, la red, configura estructuras, modelos, leyes... de la sociedad, y en la que la diferencia entre *físico* y *social* queda embebida en el concepto de *realidad virtual*, permita el distanciamiento que la sociedad industrial no ha propiciado en las llamadas ciencias sociales?

Al final del vol. I, en el capítulo «Conclusión: la sociedad red» señala el autor una determinación fundamental (o esencial, si se prefiere, en el sentido de constitutiva) de la nueva sociedad que resulta, a mi juicio, clave para el problema metodológico al que me estoy refiriendo. La sociedad red supone «un cambio cualitativo en la experiencia humana», en la medida

en que implica un cambio en las relaciones entre naturaleza y cultura: si en la sociedad premoderna, «durante milenios», hay un predominio de la naturaleza sobre la cultura, de manera que ésta expresa en su organización social la lucha por la supervivencia, y en la modernidad, con la Revolución industrial y el triunfo de la razón se abre la etapa en la que la cultura domina la naturaleza, en la nueva era «la cultura hace referencia directa a la cultura, una vez dominada la naturaleza hasta el punto de que ésta se revive»④ aunque aquí formalmente se dice que la naturaleza se ha convertido en cultura, *a fortiori* vale también la inversa: la cultura a su vez es indistinguible de la naturaleza,⑤ o al menos la *demarcación* es en esta era completamente difusa. Si esto es así, no puede sorprender que esta determinación de la nueva era nos obligue a epistemólogos y metodólogos a una revisión a fondo de los paradigmas que han dirigido la epistemología de las ciencias sociales y naturales en el siglo que acaba de finalizar; incluso me atrevo a sugerir (simplemente sugerir) que esta revisión podría arrojar luz sobre el difícil encaje de la normatividad epistemológica (que hincan sus raíces en el mundo de la cultura)⑥ en el proyecto de naturalización de la epistemología, cuya base es la neurofisiología y quizás más luz aún si nos atenemos al proyecto de naturalización evolucionista. Valga esta observación como proyecto de reflexión futura.

También H. Dieterich dice en *La aldea global* que «no es de extrañar, pues, que los problemas epistemológicos que acompañan esta profunda transformación de la realidad actual hayan sido enormes, en tal grado que justifiquen, probablemente, el empleo del término ‘ruptura epistemológica’ o la noción de un viraje copernicano en la cosmovisión del siglo XX».⑦ Sin embargo, no explícita ni siquiera las líneas generales de esta postulada «ruptura epistemológica» (expresión, como es sabido, tomada del físico y epistemólogo francés P. Duhem). Todo parece indicar que los que se enfrentan al reto del análisis de la nueva sociedad surgida de las grandes transformaciones tecnológicas del último tercio del siglo pasado echan en falta una nueva epistemología que pueda dar cuenta del nuevo esquema conceptual necesario para acometer dicho análisis. Vis-

Ⓒ No puede pasar desapercibido que al plantear su posición Castells arranque de una cita de Leibniz tomada de la correspondencia con Clark, en la que Leibniz expone frente al newtoniano Clark su conocida doctrina relacional del espacio y el tiempo, que requieren por tanto «cosas» que relacionar, de otra suerte «no son nada» (vol. 1, p. 542); esta teoría relacional le permite aclarar el concepto de «tiempo indiferenciado» (o «atemporal») «que es equivalente a la eternidad». Espero que estos conceptos se aclaren en los párrafos que siguen.

Ⓓ Tomo la expresión del artículo de W. Sellars: «La filosofía y la imagen científica del hombre», en *Ciencia, percepción y realidad*, Madrid, Tecnos, 1971; aunque es una expresión imprecisa y difícil de definir; equivaldría a algo así como la imagen cotidiana generada por nuestros intereses pragmáticos, algunas ideas científicas que constituyen ya acervo común, etc.

Ⓔ El autor metodológicamente los trata de forma separada (a la kantiana: primero el espacio y luego el tiempo), sin embargo los análisis son paralelos y los conceptos que resultan están mutuamente interconectados. Con respecto a su función social relativa, Castells propone la siguiente inversión relacional: «a diferencia de la mayoría de las teorías clásicas, que asumen el dominio del tiempo sobre el espacio, propongo la hipótesis de que el espacio organiza el tiempo en la sociedad red» (vol. 1, pp. 409-410); esta inversión se desprende de las nociones mismas de «espacio de flujos» y «tiempo atemporal», y viene a decir que la estructura del espacio como red de flujos de geometría variable tiene como consecuencia la eliminación de la temporalidad (lineal...) misma, es decir «el espacio organiza el tiempo».

to así, debe considerarse como un importante reto a la filosofía del siglo que ahora se inicia.

Espacio y tiempo en la sociedad informacional

Siguiendo mi propósito inicial de abordar solamente unos pocos problemas de los que se analizan en la obra de Castells, y en estrecha relación con los requeridos cambios metodológicos, he de traer a colación la teoría crucial y sorprendente sobre el espacio y el tiempo desarrollada por el autor.

Conviene tener presente la relevancia epistemológica y ontológica que el problema del espacio y el tiempo ha tenido en la modernidad, tanto por lo que se refiere a la filosofía (ontología y epistemología) que opera sobre el modelo del conocimiento *de la naturaleza* (sea la mecánica, el evolucionismo...), como la que a partir especialmente del siglo XIX reflexiona sobre el modelo de la historia y en general de las ciencias que llamamos sociales. Desde este fondo la teoría que propone abre problemas de largo alcance. Inicia el análisis con una referencia, «que va más allá de la pedantería retórica», a la distancia entre la falaz simplicidad intuitiva del espacio y el tiempo como dimensiones fundamentales de la vida humana y la complejidad de estas nociones en la física; lo mismo sucede con «*el significado social de espacio y tiempo*».Ⓒ Del mismo modo que en física distinguimos entre el espacio-tiempo de la «imagen manifiesta» Ⓓ del mundo y el espacio-tiempo de la imagen científica, también por lo que respecta al significado social distingue el autor, como constituyentes de la sociedad, entre el espacio-tiempo de la sociedad preinformacional (una especie de «imagen manifiesta») y el espacio-tiempo de la sociedad red.

Las nociones sociales de espacio y tiempo y sus funciones como constituyentes de la imagen de la sociedad en la que habitan los sujetos ha variado a lo largo de la historia: es sobradamente conocido que las significaciones y las vivencias de la espacialidad y la temporalidad de los hechos sociales de la edad media a la revolución industrial han variado profundamente; sin embargo hay unos rasgos formales comunes: el espacio es siempre un «espacio

de lugares» unidos por lazos de cercanía o lejanía, y el tiempo lo es de periodos que se suceden, datables, cronometrables (independientemente de los distintos procedimientos de medición a lo largo de la historia), se trata en definitiva de un tiempo «lineal, irreversible, medible y predecible» (vol. 1, p. 467).

En la sociedad red estos conceptos sufren una sustancial transformación de tal magnitud que sus significados y consecuentemente sus funciones en la determinación de la sociedad pierden sus caracteres esenciales anteriores.Ⓔ Frente al «espacio de lugares» la hipótesis de Castells es que en la sociedad red el espacio es un «espacio de flujos», los conceptos (o relaciones) de «cercanía» o «lejanía» pierden toda significación, cualquiera puede estar en su casa ante el ordenador y estar de hecho en la Bolsa de Tokio, en la Biblioteca del Congreso de EEUU, o en cualquier Universidad del planeta; cualquier financiero puede desde su ordenador dar órdenes de inversión y recoger beneficios en cualquier lugar del mundo, el espacio se convierte en una red estructural de flujos circulantes (se trata de flujos de información, de conocimiento, de capital, de decisiones, de producción, etc.) con nodos que sustituyen a los lugares, pero que no son lugares sino núcleos de conexión de los flujos: «el espacio de los flujos es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido a través de los flujos» y «los flujos son secuencias de intercambio e interacción... que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad» (vol. 1, p. 489). Se trata de un espacio de geometría muy flexible: los nodos y sus interconexiones son funcionales, multiversos y variables, el concepto de «lugar» y su complementario concepto de «distancia» no tienen cabida. Es cierto que la red conecta lugares, la red es un sistema material y por tanto con *ubicaciones*, «los flujos no carecen de lugar, aunque su lógica estructural sí» (p. 490)

Pero aquí nos surge el primer problema: hay prácticas sociales, hay sociedad por tanto, que *habitan* (más bien cabría decir «se ejercen») en un espacio sin lugares, pero hay otras prácticas sociales que habitan en los lugares. Castells

lo formula en términos muy lapidarios: «las elites son cosmopolitas; la gente, local. El espacio del poder y la riqueza se proyecta por el mundo, mientras que la vida y la experiencia de la gente se arraiga en lugares, en su cultura y en su historia» (id. p. 493). Fácil es ver que esta contradicción es fuente de tensión, de acción social y, posiblemente, de cambio. Pero antes de analizar los problemas que plantea la hipótesis (o, mejor, la tesis) del espacio de los flujos, hay que completarla con su homóloga respecto del tiempo.

La desaparición *social* de los lugares y las distancias tiene su repercusión en el tiempo: si el espacio es «tiempo cristalizado» y las prácticas sociales en el espacio de los flujos acontecen «en tiempo compartido», el tiempo es el mero instante, y por tanto es «atemporal». La medición del tiempo ha planteado muchos problemas a lo largo de la historia, pero las prácticas sociales (no solo las económicas) en la sociedad industrial obedecen a la lógica temporal del reloj, es la «cultura del reloj» o «tiempo cronométrico». Este tiempo «se está haciendo pedazos en la sociedad red»... «la transformación más profunda: es la mezcla de tiempos para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico, sino aleatorio, no recurrente, sino incurrente»... «sostengo que todo ello está sucediendo ahora...» (id. p. 511). Si entiendo bien la tesis del autor, se trata de una consecuencia lógica de la noción de espacio, el tiempo ya no es un parámetro de la distancia ni, consecuentemente, de la velocidad en la acción social, por tanto se repliega sobre sí mismo y queda reducido prácticamente al concepto de presente compartido, es decir al instante atemporal, o si se prefiere en expresión más metafísica al «tiempo eternidad» (términos que se niegan el uno al otro); y así se habla de la «guerra instantánea», de la instantaneidad del mercado de divisas, de la instantaneidad de las interrelaciones de las bolsas, aún lejanas en el «espacio de lugares» y con diferencias en el tiempo de relojes (en lo que Castells llama, en expresión bien gráfica, «el casino global» en el que están los jugadores globales)...

Si la modernidad ha podido caracterizarse por «el dominio del tiempo del reloj sobre el espacio» (id., p. 510), el tiempo atemporal «se

da cuando las características de un contexto determinado, a saber, el paradigma informacional y la sociedad red, provocan una perturbación sistémica en el orden secuencial de los fenómenos realizados en ese contexto» (id., p. 542). Esta concepción podría dar lugar a la creencia en el fin de la historia, por cuanto el tiempo de la sociedad red se sobrepone al tiempo biológico y al tiempo mecánico del trabajo industrial, pero eso no implica la desaparición de los individuos, «no es que desaparezcan la gente, las localidades o las actividades, pero sí su significado estructural, subsumido en la lógica invisible de la metarred donde se produce el valor, se crean los códigos culturales y se decide el poder» (id., p. 557). Y la conclusión del primer volumen, cuyo tema específico es la caracterización de la sociedad red, y en el que desarrolla su análisis del espacio y el tiempo, merece ser tenida en cuenta: «no quiere decirse que la historia haya acabado en una feliz reconciliación de la humanidad consigo misma. De hecho es casi lo contrario: la historia sólo está comenzando, si por ella entendemos el momento en que, tras milenios de batalla prehistórica con la naturaleza, primero para sobrevivir, luego para conquistarla, nuestra especie ha alcanzado el grado de conocimiento y organización social que nos permitirá vivir en un mundo predominantemente social» (id., p. 558); la historia no sólo no se ha acabado, sino que está comenzando, y «quizás no nos guste lo que vemos» en nuestro nuevo mundo humano.

Tal y como queda caracterizada la nueva era, la sociedad red, al menos por lo que respecta a sus dos *relaciones* constituyentes, ésta aboca a una tensión fundamental desde la que se pueden comprender (habida cuenta de que la comprensión no es condición suficiente para la solución, pero si condición necesaria) muchos de los problemas emergentes (¡algunos ya emergidos!) de la sociedad actual; me refiero a la dualidad de *sociedades*: la red por un lado, con su peculiar espacialidad y temporalidad, y la sociedad de lugares y secuencias sucesivas, por otro. Parece que la tendencia es a que la primera subsuma la segunda, pero esto va a suponer un coste muy elevado.

Veamos muy brevemente, y en sus aspectos puramente formales, un problema a cuyo aná-

lisis concreto dedica Castells muchas páginas y que nos puede aclarar el sentido de estas tensiones: el problema de la democracia. La participación de los sujetos, de sujetos de estructuras políticas, culturales, económicas, etc., en las decisiones, los mecanismos democráticos de participación, en definitiva, están pensados y diseñados para sociedades de lugares y de tiempos secuenciales; la participación, los procesos de decisión colectiva, la formación de la «voluntad general» requieren circunscripciones geográficas (lugares) y periodos temporales. La cuestión ya no cabe plantearse como una mera cuestión de buscar nuevas formas de democracia, sino que se trata de un problema más radical: ¿qué significa «democracia» en un espacio de flujos y un tiempo de instantes?, ¿qué significa «órganos de representación»? y más aún, ¿qué significa poder?, o dicho en términos llanos ¿quién manda y cómo se puede ejercer el control democrático sobre él? En diversas ocasiones intenta responder a la cuestión acerca de quién manda y así por ejemplo afirma que en el mundo del capital «no existe una clase capitalista global», pero, por encima de los capitalistas de carne y hueso «hay un capitalista colectivo sin rostro, compuesto por los flujos financieros que dirigen las redes electrónicas» (vol. 1, p. 554), y en el mismo sentido al final de la obra afirma que «*los mercados financieros y sus redes de gestión son el capitalista colectivo real, la madre de todas las acumulaciones*» (vol. 3, p. 395); también por lo que respecta al poder político su análisis le lleva a «una nueva forma de Estado, el Estado red» cuya estructura es de geometría variable y las instituciones políticas «son órganos de negociación más que sedes de poder» (...) «en cierto sentido, *el sistema político se va vaciando de poder* », pero el poder no desaparece, «aunque real, se vuelve inmaterial» (vol. 3, p. 399). Lo que queda más difuso, quizás porque no puede ser de otra forma, son los mecanismos de control del poder: es difícil controlar ni al «capitalista colectivo», ni al poder difuso en una estructura geométrica flexible: los «órganos de negociación» a veces son efímeros o se trata de reuniones informales que van proporcionando cohesión en las elites, pero al menos en lo económico hay estructuras esta-

bles en la red: el G-7, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial ejercen funciones decisorias de dirección; en el orden político, sin embargo, las cosas están más verdes; aunque hay organismos sobradamente conocidos, éstos son órganos de negociación y no de poder. Y en lo militar hasta que no haya fuerzas internacionales EE.UU se comporta como tal y con nulo o muy escaso control.

No hay mecanismos de control, pero sí formas de acción, como veremos, que interactúan en la sociedad red y a los que Castells dedica amplios análisis dirigidos a comprenderlas en el marco de la sociedad informacional: me refiero a movimientos globalizados como el ecologismo, el feminismo y la lucha contra la sociedad patriarcal, la defensa de los derechos humanos, etc. Hablamos de «déficit de democracia» en las instituciones de la UE, y en general en todas las instituciones que se van perfilando en el mundo globalizado; si la referencia de la crítica son los sistemas democráticos del estado moderno y de las múltiples organizaciones que surgen en las sociedades geográficamente delimitadas, es probable que el análisis no vaya demasiado lejos. De los análisis de Castells puede colegirse que el modelo de estado democrático no es exportable ni a la UE ni menos todavía a las múltiples organizaciones políticas, económicas, culturales, etc., de la sociedad informacional. ¿Qué es entonces la *acción social* en la sociedad red en la que con mayor o menor intensidad comenzamos a vivir y en cuya estructura de redes mutantes y flexibles se fraguan buena parte de los componentes de nuestra vida social? Con estas preguntas abrimos el tercer núcleo de cuestiones a tratar.

Identidad y sociedad red

El problema general consiste en cómo casar ambas *sociedades* en las que simultáneamente vivimos, aún aceptando el predominio de hecho de una sobre la otra. Ramos Torre enuncia la cuestión que recorre toda la obra de Castells de una forma un tanto apocalíptica, pero clara y perfectamente inteligible: «el drama social contemporáneo no es otro que el que contrapone la red estructural a una identidad, humanamente necesaria, pero estructuralmente desasistida: una

⑪ Ramos: «Red, identidad, espacio y tiempo», en *Reis*, nº 86, abril-junio 1999, CIS, pp. 383-384. El propio Castells, contestando el comentario de Ramos afirma al respecto que «no es un problema conceptual, sino que la realidad está así de esquizofrénica» (loc. cit., p. 394)

lucha agónica entre la red y el yo que intenta paliar o resolver su esquizofrénica disyunción». ⑪ No quiero insistir en ello, porque ya lo plantea el trabajo de Ramos y así lo acepta Castells, pero sí manifestar mi acuerdo sobre que en la obra hay un cierto déficit de análisis de la interdependencia e interrelación en general de los dos mundos que componen la esquizofrenia; es posible que abordar ese problema sea todavía prematuro y el discurso pueda adquirir un cierto aire de futurología que el autor obsesivamente rehuye (me atrevo a decir que muy acertadamente), pero al menos conviene dejar constancia de que es un problema que se nos viene encima y del que el pensamiento filosófico, que tanto puede funcionar como acicate *a priori* de la investigación como ejerciendo su carácter de reflexión *a posteriori*, debe ya empezar a ocuparse tanto en el ámbito teórico (dimensiones epistemológicas y ontológicas del problema) como en el práctico (fines, prácticas, normas, libertad...).

Estas últimas consideraciones me llevan a abordar los problemas relativos al *poder de la identidad*, que es el título general del segundo volumen. Tal como el autor nos ha *descrito* la sociedad en la que comenzamos a vivir y que configura un nuevo mundo, el *individuo* (sea una persona, un grupo social, una nación, una clase en el viejo sentido del término, etc.) no puede constituirse en su individualidad en una sociedad en la que no hay *lugares* ni *tiempos* episódicos: un individuo lo es en tanto que pueda ser identificado como tal, y la identificación es un proceso cognitivo que requiere, en nuestro mundo empírico, del espacio y el tiempo ya que requiere *propiedades ubicadas y permanentes* al menos en un lapso de tiempo de dimensiones adecuadas. Con esta consideración, que puede parecer excesivamente abstracta (vicio filosófico por excelencia), no creo alejarme de los problemas que al respecto plantea Castells; antes al contrario intento poner en claro su lógica: así podemos leer en el texto del autor: «la disolución de las identidades compartidas, que equivale a la disolución de la sociedad como sistema social significativo, muy bien pudiera ser el estado de cosas de nuestro tiempo», y unas líneas más adelante, «no hay necesidad de identidades en este

nuevo mundo» (vol. 2., p. 394). La desaparición de las identidades implica la desaparición de los sujetos (individuos, grupos, etc.): si éstos no tienen propiedades (*identidades*) diferentes, resultan *indiscernibles* (según el viejo principio de Leibniz), con lo cual tanto ontológica como epistemológicamente son todos lo mismo, es decir, desaparecen como tales.

El yo, individual o colectivo, es un componente inevitable de la sociedad (sea esta sociedad red, o sea del tipo que sea) y el yo necesita ámbitos o círculos de identificación y se resiste a ser excluido de la sociedad: «cuando la red desconecta al yo, el yo, individual o colectivo, construye su significado sin la referencia instrumental global: el proceso de desconexión se vuelve recíproco, tras la negación por parte de los excluidos de la lógica unilateral del dominio estructural y la exclusión social» (vol. 1, p. 55). Ésta es la razón lógica del drama social contemporáneo al que antes me refería usando la expresión de Ramos. ⑫ La exclusión, si se da, forzadamente ha de ser mutua: si la sociedad excluye al yo (insisto: individual o colectivo), el excluido a su vez excluye al excluyente. Como resulta obvio que esta situación no es más que ficción en el mejor de los casos (en el peor puede generar situaciones trágicas que desgraciadamente se suceden con demasiada frecuencia), urge analizar los modos de evitar la mutua exclusión; y éste es el «poder de la identidad».

Si se me permite una paráfrasis de Kant cabe decir que para Castells la identidad da sentido y significación a las determinaciones de los actos sociales, en definitiva a los agentes sociales. Y «por identidad —dice— en lo referente a los actores sociales, entiendo el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de fuentes de sentido» (vol. 2, p. 28). La crisis de identidad que propicia la sociedad emergente está amplia y minuciosamente estudiada en la obra. Sin embargo, por razones obvias, solamente me referiré a dos o tres ideas clave.

Distingue Castells tres «formas» de construir la identidad: a) *identidad legitimadora*, que es la que propugnan las instituciones dominan-

⑫ Castells trae a colación a este respecto la propuesta de Alain Touraine de que «la defensa del sujeto, en su personalidad y en su cultura, contra la lógica de los aparatos y de los mercados, es la que reemplaza a la idea de la lucha de clases» (citado en vol. 1., p. 53).

tes para perpetuar su dominio; b) *identidad de resistencia*, que viene a funcionar como la trinchera donde refugiarse para evitar ser absorbido por la lógica de la dominación, y por último c) la *identidad proyecto*, aquella en la que se pretende construir la identidad buscando la transformación de la sociedad, pero con la lógica adecuada a la propia sociedad en transformación (proyecto). En realidad «legitimadoras» son las tres, en tanto que dan sentido a la acción de los sujetos; con esta salvedad la clasificación puede ser útil para la interpretación y explicación de los fenómenos que observamos en las tensiones *red/identidad*, o *red/yo*. Con estos instrumentos conceptuales (más todos los pertinentes al caso) se analizan los movimientos y los conflictos que coexisten entre la sociedad emergente y la sociedad espacio-temporal que perdura: los fundamentalismos, los nacionalismos, la función (más bien pérdida de función) de los estados, las identidades étnicas, los movimientos urbanos, etc., y también los movimientos sociales que adquieren especial relevancia y especiales formas en la nueva era: el movimiento ecologista y el que llama «el fin del patriarcado», es decir, las múltiples formas de lucha contra la sociedad patriarcal (especialmente los movimientos feministas, los de liberación sexual y las profundas transformaciones que está sufriendo la tradicional estructura familiar).

Dado que no es posible, ni quizá tiene sentido, resumir en este contexto los análisis de Castells respecto a todas estas manifestaciones de la identidad, me limitaré a señalar muy brevemente una tesis latente, aunque no explicitada, cuya justificación teórica necesita mayor elaboración. El autor, al exponer las tres «formas» anteriormente citadas de construir la identidad se limita a ejercer de sociólogo notarial de lo que observa y ofrece una descripción y a lo sumo una explicación etiológica de lo que está sucediendo. Pero siguiendo la lógica de su teoría parece evidente que tanto las identidades legitimadoras como las identidades de resistencia se mantienen en la lógica de la exclusión, ambas son defensivas respecto de la sociedad *red*, en un caso tratan de legitimar las estructuras del poder constituido frente a los agentes sociales, defendiendo con ello

la resistencia a cambios que impliquen modificación de las estructuras del poder; y en el otro se convierten en comunidades de autodefensa (fundamentalismos, nacionalismos excluyentes de base etnicista, etc.) que como se afirma explícitamente constituyen «la exclusión de los excluidos por los excluidos» (vol. 2, p. 31). Sólo las «identidades proyecto» son las que permiten superar la lógica de la exclusión, y por tanto son, aunque Castells evite que sean concebidas como alguna especie de receta o proyecto político-social, las que pueden ejercer su poder con el propósito de intervenir en la construcción de la sociedad *red*. Conviene advertir, no obstante, que estas tres formas no constituyen compartimentos estancos y que pueden darse y de hecho se dan trasvases entre unos y otros: grupos de resistencia que se convierten en proyectos y viceversa.

Aceptando que este esquema tenga utilidad hermenéutica, lo que resulta necesario es una mayor justificación y análisis de la lógica de las identidades proyecto. Se trata de identidades *en construcción* que surgen generalmente de movimientos de «resistencia comunal» pero que viran de función hacia proyectos de inclusión de las identidades en la nueva sociedad: «aunque en la modernidad (temprana o tardía) la identidad proyecto se construyó a partir de la sociedad civil (como en el caso del socialismo, que se basó en el movimiento obrero), en la sociedad *red*, la identidad proyecto, en caso de que se desarrolle, surge de la resistencia comunal. Éste es el sentido real de la nueva primacía de la política de la identidad en la sociedad *red*» (vol. 2, p. 34).

De los movimientos anteriormente citados, quiero destacar algunos aspectos relevantes, a mi juicio, para entender la categoría de «identidades proyecto»: por lo que se refiere al movimiento ecologista, Castells lo sitúa, en expresión que toma prestada, en un «tiempo glacial», un tiempo de muy largo plazo que engloba la relación de los humanos con la naturaleza en la perspectiva de la evolución como un proceso que arranca de mucho tiempo atrás y cuyo fin se pierde en el futuro; pero lo importante desde el punto de vista del poder de la identidad es que «mediante estas batallas fundamentales sobre la apropiación de ciencia, espacio y tiempo, los ecologistas indu-

③ «La "geometría variable" de la construcción europea, con toda su incoherencia, es un instrumento esencial de la propia construcción, ya que evita los conflictos frontales entre socios importantes, a la vez que permite a las instituciones ir resolviendo los retos presentados por los dos procesos que, al mismo tiempo, favorecen e impiden la integración: la globalización económica y la identidad cultural» (vol. 3, p. 369). No es posible exponer, ni siquiera brevemente, los análisis y las reflexiones contenidas en la obra; sí quiero, sin embargo, informar al lector que no conozca directamente la obra de Castells, que en sus comentarios sobre el problema de Cataluña el nacionalismo catalán es presentado como un caso (casi un modelo) de identidad proyecto, cuando afirma, por ejemplo, que «al no buscar un nuevo estado, sino luchar para conservar la nación, los catalanes quizás hayan recorrido un ciclo completo desde sus orígenes como pueblo de identidad cultural/lingüística y comercio sin fronteras, y de instituciones de gobierno flexibles, rasgos todos que parecen caracterizar a la era de la información» (vol. 2, p. 73). Parece evidente que Castells identifica como proyecto catalán el proyecto de CIU, y explícitamente de J. Pujol, del que dice «puede ser la voz de un nuevo y original nacionalismo sin estado en la Europa informacional» (vol. 2, p. 401). Por lo demás resulta sintomático que el nacionalismo vasco, con su fuerte componente territorial, no aparezca mencionado en ningún momento, ni como «identidad proyecto», lo cual no parece ser el caso, ni en ninguna otra forma de identidad.

cen la creación *de una nueva identidad*, una identidad biológica, *una cultura de la especie humana como componente de la naturaleza*» (vol. 2, p. 151). No logro alcanzar el engarce del tiempo glacial, de la cultura de la especie insertada en la evolución, con el tiempo atemporal y las demás características que definen la sociedad red.

El otro movimiento al que dedicaré algún comentario, y al que el autor presta mucha atención, es el nacionalismo. Hay que notar en primer lugar que, contra lo que es habitual, los análisis de Castells se refieren al nacionalismo en la nueva sociedad; se suelen analizar los nacionalismos desde los parámetros históricos del romanticismo y la construcción de los estados modernos (especialmente en Europa), derivándose de ello su consideración como cierta añoranza de posibilidades perdidas debido a los déficits inevitables en todo proceso histórico. Pues bien, la perspectiva del autor es considerarlos dentro de su análisis del poder (y las formas) de la identidad y por tanto como movimientos a considerar en la dinámica de la construcción de la sociedad red.

Desde este punto de vista los nacionalismos pueden o bien mantenerse en las identidades de legitimación o de resistencia atrincherándose «en un estado nación reconstruido, relegitimándolo en nombre de la nación más que del estado», o bien replantearse como identidad proyecto y en este caso «puede reemplazar al estado-nación moderno afirmando las naciones más allá del estado y construyendo redes multilaterales de instituciones políticas en una geometría variable de soberanía compartida» (vol. 2, pp. 396-397). La noción, ya citada anteriormente, de «geometría variable» (o «flexible») como estructura de la sociedad red cobra especial relieve cuando se trata de plantear el problema político del estado que el autor llama el «estado red», un estado que comparte la autoridad de manera flexible y multiforme a lo largo de la red; está compuesto, como toda red, de nodos (más que de estados) interrelacionados «y ninguno, ni siquiera el más poderoso, puede pasar por alto al resto, ni aun a los más pequeños, (...)». Ésta es la diferencia entre una red política y una estructura política centralizada» (vol. 3, p. 383). Esta tesis es particularmente sugerente para analizar el

caso de la construcción europea, donde con mayor viveza se plantea el problema de los estados, las naciones y su relación con la propia UE.③

Estas observaciones han puesto de relieve, o al menos así lo pretendían, la relevancia de las formas de identidad, especialmente de la identidad proyecto en la nueva sociedad. Desde esta perspectiva el problema radica, a mi juicio, en que desde un punto de vista teórico estos procesos quedan sin fundamentación; el mismo autor reconoce que respecto de esta cuestión, que califica de «cuestión clave», «no será prescriptivo ni profético, sino que más bien me extenderé sobre los resultados provisionales de mi observación de los movimientos sociales y los procesos políticos» (loc. cit.); es de agradecer la cautela y la claridad metodológica, pero con ello no resuelve el problema de ¿por qué las identidades proyecto?, ¿cómo se ensamblan en la sociedad red?, ¿en qué consiste su «poder», el poder de la identidad? Es posible que no haya prescripciones ni profecías en la obra de Castells, pero si una buena dosis de optimismo.

Rodríguez Ibáñez, en el debate ya citado, pone de manifiesto la falta de fundamentación en la conexión causal entre la crisis del estado-nación y el surgimiento de movimientos identitarios (loc. cit., p. 370), a lo que Castells responde que no se trata de nexo causal sino de que los movimientos identitarios «profundizan» la crisis del estado-nación (loc. cit., p. 388). Pero el problema que yo me planteo no es exactamente el de la relación entre el estado-nación y los movimientos nacionalistas entre los que parece obvio que media una tensión (causal o de otro tipo): bien sea entre naciones sin estado y estados-nación, bien sea entre estos últimos y estructuras y proyectos supraestatales, como la UE. El problema es el encaje de los movimientos basados en identidades (de cualquiera de las formas) y un mundo, la sociedad red, en el que no caben las identidades, en el que «no hay necesidad de identidades». Se trata de un problema de elaboración teórica: ¿los movimientos identitarios aportan elementos espacio-temporales de la sociedad industrial a una sociedad sin lugares ni secuencias temporales? El autor parece congratularse de que un nacionalismo, el catalán, se pre-

tenda construir sobre espacios de geometría difusa más que sobre un proyecto de estado territorial, pero aun así se trata de la defensa de una cultura (en el sentido más amplio del término) como propia de un espacio territorial. ¿Cómo encajar la identidad, sin duda necesaria en la constitución de toda sociedad, en una sociedad que pretende construirse sin yos identificables como individuos (singulares o colectivos)?

¿*Qué hacer?* Dice el autor, con más sarcasmo que ironía, que «un tal Ulianov» se formuló esa cuestión en 1902, y siendo un intelectual quiso poner en práctica su respuesta, produciendo así una catástrofe (vol. 3, p. 410). La acción transformadora es necesaria, «la acción social y los proyectos políticos son esenciales para mejorar una sociedad que necesita claramente cambio y esperanza», pero la tesis undécima sobre Feuerbach debe ser rectificada: «la emancipación política más fundamental es que la gente se libere de la adhesión acrítica a esquemas teóricos o ideológicos, para construir su práctica atendiendo a su propia experiencia y utilizando cualquier información o análisis de que dispongan, de diversas fuentes. *En el siglo xx, los filósofos han estado intentando cambiar el mundo. En el siglo xxi, ya es hora de que lo interpreten de forma diferente*» (id., p. 411, cursiva mía). A la tarea de una *interpretación diferente* de la nueva era y la nueva sociedad que emerge de lo que se conoce casi popularmente como nuevas tecnologías, dedica Castells su trabajo, es decir, a la tarea intelectual de comprender el mundo, condición necesaria para su transformación. Éste es, como dije al principio, el *locus* epistémico de la obra.

Terminaré con algunas reflexiones que enlazan con los problemas metodológicos planteados al inicio. En la obra se entrecruzan tres niveles diferentes, aunque interrelacionados y necesitados unos de otros para una adecuada hermenéutica:

a) El nivel epistemológico con sus implicaciones ontológicas permite ver por una parte los fundamentos metodológicos y también las estructuras ontológicas de la sociedad informacional que nos permiten comprender los rasgos más generales de una sociedad que emerge de

los profundos cambios tecnológicos que acontecen en el último tercio del siglo pasado.

b) El nivel científico teórico en el que se ofrece una teoría de la sociedad en todos sus aspectos, la economía, la cultura, el poder, los grupos y movimientos sociales, las tensiones, los cambios, y muchos otros conceptos y estructuras a las que no he podido referirme: la «economía criminal», los «agujeros negros»...; en definitiva, la teoría de la sociedad red.

c) El nivel empírico, del que apenas he hecho ninguna mención, en el que se analizan estructuras y problemas de la sociedad o, mejor, de determinados momentos y contextos sociales (el colapso de la Unión Soviética, el problema de África, economía y sociedad en el Pacífico asiático, etc.). Se trata de un nivel de ciencia empírica con abundantes datos y todo tipo de tablas cuantitativas.

Como ya advertí al principio, es de todo punto imposible dar cuenta ni siquiera sumaria del contenido de los tres volúmenes. Y fiel a esa advertencia no ha sido ése mi cometido. Me he limitado al primer nivel, con sus necesarias referencias a la teoría social, y no *in extenso*, sino sólo tratando de dibujar un aspecto, relevante supongo, de las bases epistemico-ontológicas del trabajo. He tratado de mostrar la *lógica* del método, de los conceptos clave de la teoría y de las estructuras más generales que describen y explican la sociedad informacional. Y mi conclusión es que hay una gran coherencia lógica en la teoría, no exenta, como sucede en todo tipo de ciencias, de problemas abiertos y de elementos teóricos cuyo encaje lógico no parece del todo convincente. Sin embargo el que en cuestiones tan apasionadamente polémicas y tan presentes en los debates ideológicos que aparecen diariamente en los medios de comunicación, Castells se haya mantenido firme en sus presupuestos metodológicos, hace que tanto la teoría como los estudios empíricos mantengan en todo momento el rigor lógico propio de una obra que ya es, como pronosticaba Alain Touraine, «un clásico del siglo xxi».